

Compañero y los orígenes del Peronismo Revolucionario.

*Marcelo Raimundo**

DE LA RESISTENCIA AL FRONDISCISMO

Luego del golpe de septiembre de 1955 y a pesar del desbande inicial, el grueso del movimiento peronista se enmarcó rápidamente en la “Resistencia Peronista”, que apuntando hacia lo que fue el principal objetivo del peronismo hasta 1973, el regreso de Perón al poder, comenzó a emplear los métodos a que obligaba su actual situación de ilegalidad total: la acción directa y la violencia. Si bien Perón rápidamente convocó a una “guerra sin cuartel a la dictadura” y a una resistencia que iría desde los atentados individuales de todo tipo hasta la insurrección popular, sus huestes ya se habían anticipado al llamado. La resistencia en este período, se ancló fundamentalmente en los llamados “comandos clandestinos”, que fueron surgiendo desde distintos ámbitos y con variada composición social: hubo comandos fabriles, barriales y otros que congregaban a sectores heterogéneos, como ex militares, profesionales y ex funcionarios partidarios. Los comandos se mantuvieron en funcionamiento hasta 1960, y sus tareas se orientaron al sabotaje, atentados, propaganda, y a apoyar huelgas o intentos golpistas. Casi paralelamente, en la primer mitad de 1956, los sectores sindicales del peronismo comienzan a transitar otro camino. La Revolución Libertadora, buscando sellar su victoria, abre el proceso de normalización sindical y llama a elecciones para renovar la representación gremial, confiada en que se había avanzado en la desperonización de los trabajadores, y que ahora, elegirían a conducciones “democráticas”. Sin embargo, se organizan agrupa-

* Investigador del Centro de Investigaciones Socio Históricas de la Facultad de Humanidades Ciencias de la Educación de la UNLP.

ciones sindicales peronistas, a partir de las activas comisiones internas fabriles, que ya estaban enfrentando las intervenciones y los rápidos intentos racionalizadores de la patronal. Contra lo previsto, las elecciones sindicales efectuadas durante 1956 y 1957, culminan con la recuperación de numerosos sindicatos, que quedan en manos de una camada de nuevos dirigentes peronistas –pues los antiguos estaban proscritos–, que en un clima de democracia obrera, mantienen una profunda posición combativa.

La concurrencia a elecciones gremiales y la participación en instancias reconocidas por el gobierno, provocó diferencias en la resistencia peronista, en relación a la participación o no en las instancias de legalidad que abría el régimen. Se abría así un debate dentro del peronismo, por el uso o no de medios legales, que se resuelve superando dicha oposición: Comienza a aceptarse un cambio de táctica, que combina legalidad y violencia, conservándose el horizonte insurreccional.

Si bien la nueva táctica favorecía la lucha por los objetivos peronistas, no menos importante resultaba el papel que los sindicatos estaban adquiriendo en relación a la lucha económica, en momentos donde las políticas económicas del gobierno libertador, perjudicaban directamente a los trabajadores. Esto hacía necesarios dichos ámbitos de lucha legal, la acción de clase entonces se orientó primordialmente hacia otras formas. A partir de aquí, comenzará un proceso en el que se acentúa el “defensismo” y el economicismo de los dirigentes sindicales peronistas, sobre sus previos objetivos políticos.

Sobre la política de este período, Cavarozzi señala que, “Como, quizás, todo momento de clausura y subsiguiente renovación política, los años que siguieron a la caída de Perón se caracterizaron por dos atributos: la presencia de altas dosis de una extrema ingenuidad política y la necesidad, progresivamente mayor, de aprender de nuevo a hacer política, por supuesto dentro de los renovados marcos que los propios actores iban construyendo”.¹ Dichos actores, planteaban estrategias absolutas que no permitían concesiones, en un marco ilusorio de eficacia ilimitada de la política. Pero entre 1955 y 1959 se fue dando un lento proceso de aprendizaje, hasta que “*las* políticas adquirieron un carácter más agregativo y menos suma-cero, reflejando mayores propensiones de los actores a transar y a celebrar ‘compromisos’ ”.² De este “aprendizaje” no estuvo ajeno, ni el movimiento

¹ Cavarozzi (1984), pág. 158.

² Idem, pág. 160.

peronista ni su jefe, pero fundamentalmente, tuvo efectos inesperados en amplios sectores del sindicalismo peronista. Las derrotas obreras de 1959 y 1960 llevaron a muchos líderes gremiales a cambiar su estrategia de confrontación directa y a buscar el diálogo con el régimen, lo que abrió un nuevo eje de lucha interna dentro del peronismo, donde ya se estaba evidenciando, que no todos estaban “contra el sistema”. Frente a los “duros”, partidarios de la intransigencia y el enfrentamiento para lograr el regreso de Perón, se situaron los “blandos”, dispuestos a defender los sindicatos y a dialogar con el gobierno. Para estos últimos, el cambio llevó además a un progresivo abandono de los objetivos del movimiento a largo plazo y a un replanteo de las formas de lucha, que pasaron de la movilización y acción directa, hacia las huelgas generales, controladas por el aparato gremial y orientadas a lograr efectos políticos. Este bando abarcó tanto a los “integracionistas”, que privilegiaban sobre todo una actitud legalista y pasiva, con el fin conservar sus sindicatos, como a los “vandoristas”, que si bien se orientaron al compromiso y a la negociación, lo hicieron a partir de una postura activa, recordando su poder al gobierno de turno, orientados por el lema “golpear para negociar”. Si bien la conformación del sector “blando” fue lenta, pues la lógica de la integración no tuvo un éxito inicial, éste siguió en progreso, hasta hegemonizar la conducción local del movimiento peronista durante la década del '60. En cambio sus oponentes, los “duros”, tuvieron un constante retroceso.

Las diferencias políticas que enfrentaban a estos sectores, no eran expresión de controversias de tipo ideológicas. Daniel James ha señalado que entre duros y blandos no había grandes diferencias en relación a las nociones básicas de la doctrina peronista.³ Los duros juzgaban a sus oponentes en términos morales: el problema era que aquellos adolecían de una serie de vicios, a los que debían oponerse una serie de virtudes, que fueron las que caracterizaron a la Resistencia: intransigencia, lealtad, valor.⁴ El

³ James (1990), págs. 253, 273. El autor menciona que la “base común”, seguía en general dentro de los cánones del peronismo: desarrollo económico liderado por el Estado, estímulo al capital nacional, consenso de clases, cogestión y sindicatos con funciones amplias.

⁴ Estos valores, serían parte de la “estructura de sentimiento” que, según James, surge de la experiencia de lucha que provoca la Resistencia Peronista, pero no debemos olvidar que también Perón, recurre constantemente a reforzarlos. Podemos ver que un mensaje titulado “La nueva generación debe continuar la lucha” aparecido el primer número de *Nueva Estructura*, entre otras cosas dice: “para ser dirigentes políticos no es suficiente poseer prestigio personal. Es indispensable poseer virtudes políticas, porque dentro de ella la honestidad de procedimientos, la lealtad, la fidelidad a la causa que sirve y el desinterés

enfrentamiento entre los dos campos se consolidará, cuando hacia mediados de 1963, después de las elecciones presidenciales de julio donde triunfa Illia, en el peronismo se manifiesta una crisis interna y las corrientes peronistas partidarias de un “peronismo sin Perón”, sobre todo los vanderistas, lanzan a partir de este momento una ofensiva más expresa, por tomar la conducción del justicialismo.⁵ Simultáneamente, y en el marco de este enfrentamiento, comenzarán a explicitarse abiertamente tendencias que venían tomando forma y fuerza –aunque en distintos grados– dentro del movimiento peronista, y donde se podrá observar el surgimiento de elementos novedosos, que darán el tono a la lucha hacia adentro, pero también con el afuera, en los años siguientes.

CULTURA POLÍTICA EN EL PERONISMO

Si nos preocupa abordar la cultura política en el peronismo durante estos años, ¿podríamos hablar en términos de “homogeneidad”? Creemos que no. Desde ya, advertimos que no nos vamos a referir al conjunto del movimiento peronista, sino exclusivamente al activismo y la dirigencia, pues el material empírico analizable proviene de estos sectores. Para operar conceptualmente, tomaremos la definición empleada por Gordillo: “por cultura política se entiende aquí al conjunto de normas, creencias, prácticas y representaciones colectivas ampliamente compartidas que constituyen una trama de significantes que se articulan, compiten y yuxtaponen en la búsqueda de un sentido del orden, haciendo posible determinadas formas de canalización y resolución de los conflictos sociales. Ese conjunto

personal, es lo fundamental. [...] la fidelidad a los principios y a la lealtad al Movimiento son las condiciones básicas de un dirigente, pero la lealtad ha de ser mutua y así como la masa debe ser leal a sus dirigentes, éstos tienen la ineludible obligación de ser leales a la masa. [...] La simulación es sólo patrimonio de las especies inferiores y no puede tener cabida entre nosotros, porque es una deformación negativa de la lealtad que nos debemos”. Citado en Baschetti (1997), págs. 262 y 267.

⁵ Si bien los primeros “peronistas sin Perón” fueron los núcleos que se alejan de Perón, pero no dejan de reivindicarse peronistas, ya desde comienzos de la Revolución Libertadora, los grupos que todavía pertenecen al movimiento y empiezan a ver los frutos de las políticas de compromiso, que los consolidan como factor de poder dentro del sistema, comienzan a buscar la forma de independizarse del líder. Es cuando surge la idea de formar un “partido obrero”. Recordemos que el ansia de independencia no es manifestada abiertamente, pues el costo sería una pérdida de legitimidad ante las bases, que era pieza fundamental de consenso. Recién hacia 1965-66, la rebelión es clara y termina con la derrota del proyecto vanderista.

heterogéneo de elementos conforman un registro para la identificación de los actores sociales, estableciendo ciertas formas de reconocerse a sí mismos y a los otros, aspectos que son tan reales como los demás condicionantes 'objetivos' ".⁶ Al hablar de la cultura política del peronismo estamos refiriéndonos a un universo amplio, en el que podríamos encontrar, para los años que nos preocupan, "subculturas" que si bien tienen algunos patrones en común, en otros están enfrentadas y aún más desde esta época: representaciones, prácticas, formas de resolución de conflictos, creencias, que ya no se comparten. No hay una única cultura política en el activismo peronista, sino dos en disputa: una "integracionista" y una "intransigente"; en ambas podemos encontrar, tanto elementos de continuidad como también rupturas, respecto de la tradición peronista. Y ambas tratarán por diversos medios, de imprimirle su lógica a las bases peronistas. Pensamos, que no es aparente la "contradicción entre prácticas integracionistas que aceptaban la concertación en el plano de las relaciones laborales y la resistencia que yacía debajo de las mismas y en los discursos a los pares, que afloraba toda vez que la lógica de la concertación parecía amenazada";⁷ ésta sería más bien, la estrategia de uno de los bandos: el vandorismo. Hacia mediados de la década del '60, se cristalizan claramente diferencias internas, se definen distintas líneas de acción y representaciones, sobre todo, en un conjunto del sector intransigente, que comienza a buscar definiciones en el plano ideológico, por la apertura de algunos de sus miembros, hacia el marxismo. En un movimiento que siempre se había proclamado como "barrera del comunismo", hacer explícitos estos nuevos posicionamientos no fue fácil, pero hacia 1963, podemos ver plasmado un nuevo discurso en el periódico *Compañero*.⁸ Este

⁶ Gordillo (1996)

⁷ Gordillo (1995)

⁸ Ciertamente, el planteo acerca de una renovación ideológica dentro de las corrientes combativas del peronismo, no nace aquí. Podemos ver que, por ejemplo, en una carta de Cooke, a un "grupo de compañeros del movimiento peronista" en 1962, éste expresa: "El bartoleo ideológico, la improvisación organizativa, ya no son posibles. Son incompatibles con el programa trazado, que no es un conjunto de medidas solamente sino, además, una definición ideológica que exige profundizar la teoría revolucionaria y crear formas organizativas y planear tácticas de lucha correctas" (Baschetti, 1997. Pág. 223-224). Pero este tipo de propuestas se mantienen en ámbitos subterráneos o son sólo proclamadas por individuos no abiertamente, por lo menos hasta mediados de 1963, donde sí, ya las vemos enunciadas públicamente y también desde algunos ámbitos orgánicos.

fue un semanario dirigido por Mario Valotta, pero fue llamado “periódico” pues se editaba en tamaño sábana. Apareció desde junio de 1963 hasta octubre de 1965.⁹

Así, la existencia de grupos “en transición” a una definición ideológica hacia la izquierda, en una coyuntura de cuestionamiento del liderazgo de Perón, permitió consolidar en el movimiento peronista ciertas tendencias que hasta el momento permanecían latentes. Varias de ellas confluirán en la conformación del Movimiento Revolucionario Peronista, que hizo su aparición pública en agosto de 1964.

COMPAÑERO Y EL PERONISMO REVOLUCIONARIO

Aunque recién después de 1966 se dan las elaboraciones más concretas en relación a la definición del peronismo revolucionario, podríamos considerar que hacia 1963 nos encontramos en su período formativo, en donde aparecen las primeras tensiones que luego desembocarán en la crítica a la idea que “todo el peronismo es revolucionario”. Ahora bien, ¿en qué condiciones se encuentra, en ese entonces, el activismo combativo del peronismo?

En contraste con el período 1955-1959, caracterizado por una gran movilización, combatividad y democracia obrera, los años posteriores estuvieron fuertemente marcados por las derrotas obreras que se produjeron en un contexto de intransigencia empresarial y dura represión estatal. Esto provocó desmoralización y pasividad a nivel de las bases obreras, y paralelamente, un aislamiento de los activistas, que tuvieron que soportar sobre sus hombros todo el peso de la militancia, además de una implacable persecución, que desembocó en la cárcel para muchos y en el desaliento para otros tantos. Pero esencialmente, durante estos años, aparece un nuevo adversario para los sectores intransigentes: la burocracia sindical. Como bien señaló James, “la cúpula sindical peronista cumplió un importante papel funcional en el proceso de reestructuración del capitalismo argentino en las décadas 1950-60 y siguiente”.¹⁰

⁹ Valotta, era de origen marxista, y aunque no se reivindicaba peronista, junto a su grupo de trabajo, buscó que *Compañero* sea la expresión de la vertiente combativa del peronismo. El periódico tenía una tirada que pasaba los 30.000 ejemplares, y se distribuía en todo el país.

¹⁰ James (1990), pág. 334.

Surgidas originalmente de las filas combativas, la mayoría de las conducciones sindicales, optaron por la “realpolitik” del momento, pero conservaron el reconocimiento de las bases, basculando entre la legitimidad lograda por su anterior actuación, su identidad peronista, sus logros en materia salarial y los beneficios que otorgaban a través de las obras sindicales. La burocracia en varios puntos unificó sus intereses con los de la patronal que, más que contra la cúpula, disparaba contra el poder de base en las fábricas organizado en torno a las comisiones internas. En su afán de controlarlas con miras a construir un aparato gremial disciplinado, coadyuvó a barrer la oposición a nivel fabril, sin reparar en colores políticos.

A causa de la persecución en los ámbitos laborales, perpetrada por esa suerte de alianza entre la burocracia y las patronales, la conexión entre activismo combativo y bases se hizo sumamente difícil. En este contexto, que podríamos llamar “impermeabilizado”, operarán las corrientes peronistas combativas hasta por lo menos 1968, momento en que las bases se reactivan y comienza a manifestarse un fuerte cuestionamiento a las conducciones burocráticas. En dichas circunstancias, el periódico es la oportunidad, el medio, de llegar a la masa. Es interesante observar cómo estas condiciones “políticas”, se conjugan con las condiciones “ideológicas”, que se están manifestando en ciertos sectores del peronismo, grupos que forman parte del MRP, y además, se expresan a través de *Compañero*. El objetivo de conformar una tendencia revolucionaria, los llevará a poner en práctica nuevas formas de militancia, que si bien se articulan con estilos precedentes, constituirán una experiencia política que permitirá replanteos posteriores.

¿Cómo se articuló concretamente el periódico en dicho proceso? Prestemos atención al siguiente diálogo:

“VIII- ... si uno se lanza en primera instancia a la lucha superestructural y le dedica el centro a la discusión del peronismo revolucionario, sin trabajar en la base, es porque alberga la posibilidad de que si las ideas se imponen en la superestructura no van a tardar en imponerse en el resto del movimiento

...

III- ¿ Cuándo decís vos que se intenta una lucha por arriba ? VIII- En el 64, 64, periódico Compañero ...

[...]

VIII- Lucha superestructural no implica solamente el intento de copiamiento de estructuras sino el intento de modificar las ideas dominantes, exclusivamente, vale decir en el año 64 se ponía todo el esfuerzo en un periódico y repartirlo en todas partes para que las ideas del peronismo revolucionario reemplazaran a las ideas de la burocracia, entonces las masas pasivas, el resultado, iban a adherir a los principios del que ganara en los marcos de la vieja militancia, cosa que es absolutamente falsa”¹¹

Observamos el encuentro de dos concepciones de la política. Por un lado, la derivada de “los marcos de la vieja militancia”, donde todo se resuelve en ocupar los lugares de dirección, vía manejos y confrontación de aparatos. Esto iba estrechamente enlazado con la concepción de que las ideas “bajan”, van de arriba hacia abajo, una suposición que emanaba su experiencia militante: las bases siempre seguían a la conducción peronista, que indicaba el camino. Por otra parte, se imbrica lo nuevo: la renovación ideológica, necesaria para una definición revolucionaria, es la tarea del periódico, que se reparte entre los cuadros, pero también entre la masa. Este, allanaría el camino hacia las bases peronistas, sin la necesidad de otro trabajo político, “nuestro accionar trasuntaba la creencia que a las ideas se accede por mero conocimiento de ellas, que al ser nuestros planteos tan ciertos, tan lógicos, bastaba con revelarlas, revelar la *verdad* para que todos dieran un salto en el nivel de conciencia”.¹² Esta representación, que posteriormente será criticada, teñía la acción:

“IV- nosotros íbamos a la villa, entonces dábamos el periódico Compañero, el compañero decía ¿que tengo que hacer yo? Ud. tiene que hacerse de JRP, tiene que asumir todo eso ... era una cosa meramente agitativa y propagandística, nosotros íbamos regalábamos el periódico, el hombre decía bueno que tengo que hacer, y la lucha armada, afiliarse a la JRP, entonces el salto que tenía que dar ese hombre era una cosa tremenda”¹³

¹¹ Documento del MR17, sin fecha (aproximadamente, fines de 1973), sin título, pág. 3. Es una charla de la dirección de la organización, con el objetivo redactar un documento posterior, donde se sintetiza la historia de la corriente, se realizan autocríticas y se propone un reajuste de la línea política del MR17. Es una desgrabación transcrita, que circuló libremente por toda la militancia de la organización. Los números romanos aluden a integrantes de la dirección.

¹² Documento “Plan. Parte I”, del MR17, pág. 9.

¹³ Documento del MR17, de fines de 1973, sin título, pág. 5.

Esto nos da una idea de cómo en estos tiempos, comienzan a entrar en tensión pautas pertenecientes al espectro de la cultura política peronista. Pero la incorporación del periódico como práctica militante no es lo único, podemos ver que también se plantean dos importantes cuestiones: a) los sectores combativos del peronismo, definirán claramente a la burocracia del movimiento como enemigo interno, cosa que permanecerá hasta los '70, y que evolucionará desde la consigna de expulsarlos del movimiento (o por lo menos de los órganos de conducción), hasta su eliminación física, como una de las líneas políticas de las organizaciones armadas peronistas desde 1969; b) algunos grupos apuntarán a construir una organización revolucionaria, que además de ser indispensable para la toma del poder y el retorno del peronismo, será un factor necesario para inclinar definitivamente la balanza hacia el sector más combativo.

ASPECTOS DE LA LUCHA INTERNA EN EL PERONISMO

La crisis interna provocada por las elecciones de mediados de 1963, desencadenó un doble movimiento: a) desde Madrid, Perón envía la orden de reorganizar el movimiento, y b) las corrientes peronistas, partidarias de un "peronismo sin Perón", sobre todo los vandoristas, lanzan a partir de este momento una ofensiva más expresa, por tomar la conducción del justicialismo.

Perón, advirtiendo dicha rebelión, pone la reorganización en manos de un "cuadrivirato", con personajes que representan a la línea dura y leal, tratando así de frenar el avance de Vandor. Este movimiento desde arriba, dirigido a reforzar el liderazgo de Perón, entronca con los objetivos de los "duros", en quienes el líder se apoyará para el avance. Estos se verán así, salir del segundo plano en que se encontraban, y plantearán con fuerza el recambio de la dirigencia, por una que emerja desde la bases y se coloque "a la vanguardia de la Liberación Nacional".¹⁴ Aquí cabe aclarar lo siguiente: este realineamiento a nivel interno, que tiene como eje la lucha por el liderazgo del movimiento,¹⁵ produce la coincidencia coyuntural de sectores

¹⁴ *Compañero* nro. 19, 30/10/63.

¹⁵ Aunque en dicho momento sólo se exprese solapadamente, esto es claro visto retrospectivamente, en relación a la dinámica de los siguientes tres años.

internos con distintos intereses: no son lo mismo, los sectores “políticos” que los “duros” sindicales, tampoco la juventud peronista. Pero más importante que esta heterogeneidad según “alas”, encontramos otra, también dentro de este bando, que se expresará en un sentido ideológico, y que aunque todavía aparece muy consustanciada con los términos “peronistas” del enfrentamiento, en adelante dotará de novedosos rasgos a la cultura política “intransigente”, superando su antigua expresión, y provocará más adelante, nuevos alineamientos de un carácter hasta el momento no presentes en el movimiento peronista.

Analizaremos cómo, en los términos del enfrentamiento vanderismo/ antivanderismo, se avanza sobre ciertos aspectos del imaginario intransigente de los años anteriores, buscando definiciones que, según sus protagonistas, consoliden la línea revolucionaria peronista, penetren en la masa y hagan viable la consecución de los objetivos buscados. Oponer los bandos y los términos del enfrentamiento, nos ayudará a tener una mejor comprensión de los contenidos que implica el mismo, al tiempo que nos dará una imagen de cómo concretamente se fueron delineando las identidades en pugna, primordialmente la perteneciente al campo de lo que podríamos llamar el peronismo proto-revolucionario, y que se expresó profundamente en *Compañero*.¹⁶

En primer lugar, podríamos comenzar observando a quiénes se cuenta como oponentes, una cuestión fundamental a la hora de definir identidades políticas. Pero que un actor considere que tiene “enemigos” o que tiene ‘adversarios’, es ya toda una definición de la realidad y es aquí donde encontramos el eje diferenciador en este aspecto. Mientras que para la burocracia sindical “Los trabajadores no buscan enemigos, no son usurpadores, ni tienen odios, ni buscan revanchas”,¹⁷ los sectores antivanderistas proponían la necesaria “destrucción de los enemigos del

¹⁶ En cuanto al vanderismo, utilizaremos mayoritariamente el *Boletín Informativo Semanal de la CGT*. La elección radica, además de la escasa información disponible sobre la época, en que este boletín interpela centralmente a la clase trabajadora –al igual que *Compañero*–, y refleja el pensamiento de la burocracia sindical peronista. Si bien la CGT no era exclusivamente peronista, estaba hegemonizada por dicho movimiento y las diferencias políticas en su seno, no impidieron la existencia de una concordancia en los preceptos y las políticas sindicales del conjunto de las conducciones. En este sentido Cavarozzi (1984), señala “Vander ... fue encauzando y empujando a los Independientes –a pesar de que algunos de ellos no perdieron sus rasgos virulentamente antiperonistas– a aceptar las pautas de una lógica común cuyas leyes, en buena medida, él formuló.” pág. 143. En suma, la mayoría de los dirigentes fueron “vanderistas”, en sus estilos y proyecciones.

¹⁷ *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 29, Oct. 1963, pág. 10.

¹⁸ *Compañero*, n° 58, 4/8/64.

pueblo”.¹⁸ La visión del contrincante como enemigo, se remonta al núcleo más íntimo del discurso peronista; como bien señala Plotkin, “Perón tenía una concepción de la política derivada de la doctrina militar”,¹⁹ pero sus menciones a enemigos explícitos, fueron redefiniéndose a través del tiempo: la oligarquía, el imperialismo, la dictadura; aunque de fondo e implícitamente, el verdadero enemigo era la amenaza del comunismo. Luego del golpe de 1955, el mismo Perón refuerza dicha concepción, en el imaginario que impregna a la Resistencia: “Es necesario pensar que estamos en guerra y es necesario proceder como en la guerra”.²⁰ Hacia principios de los '60 podemos ver en el peronismo, que respecto a este tema, los caminos se bifurcan. Por un lado, los sectores que tienden a la participación en el sistema, en un marco donde la misma clase dirigente está planteándose la necesidad de una incorporación gradual del peronismo –aunque no de Perón– al sistema político para lograr estabilidad institucional, abandonan prácticamente los términos que aluden a una oposición total: la disputa es entre “adversarios”, y si bien existieron algunas virulentas declaraciones por parte de la cúpula, por ejemplo contra el “imperialismo yanqui”, éstas en general tienen un carácter oportunista, visto que son hechas en tiempos donde se comparten públicos encuentros, cenas o agasajos con el embajador norteamericano, o viajes y cursos de formación sindical en EEUU. Por el otro, los sectores combativos y enrolados en una lealtad absoluta al líder, profundizan sus posiciones: “estamos en guerra revolucionaria y la guerra no es contra un hombre sino contra todo un sistema de explotación capitalista contra la clase trabajadora”.²¹ La guerra ahora es “revolucionaria”; este contenido fue incorporado principalmente, a partir de la identificación de la situación nacional con las luchas de liberación nacional que se venían produciendo en muchos países del tercer mundo. Ya en 1960, podemos ver en una publicación de la Juventud Peronista alusiones como esta: “ARGELIA: hermana de lucha y de causa, nosotros comprendemos tu guerra porque nuestra Patria, como la vuestra, está ocupada; porque nuestros Patriotas, como los vuestros, son acusados de ‘terroristas’, ‘asesinos’, y ‘bárbaros’ ”.²² Pero si bien esta afinidad la podríamos encontrar sustentada en la ‘tercera

¹⁹ Amaral-Plotkin (1993), pág. 46. Esta frase es una cita de Rozitchner.

²⁰ “Instrucciones generales para los dirigentes”, en Correspondencia Perón-Cooke II (1985), pág. 392.

²¹ *Compañero*, n° 4, 28/6/63.

²² *Trinchera de la Juventud Peronista*, n° 3, Octubre de 1960.

posición', proclamada tempranamente por Perón, hallamos ahora un matiz de significados: la postura de aquél, como también señala Plotkin, se hallaba más cerca de las concepciones de Franco o Mussolini y refería a experiencias como la de Stroessner o Somoza;²³ pero ahora, los sectores más radicalizados 'tercermundizan' la posición: a lo largo de la tirada de *Compañero*, observamos que la segunda página, titulada "Lo que silencian los cables", se dedica a informar, analizar y propagandizar, casos referentes a la lucha de movimientos de liberación nacional, no solamente latinoamericanos, y prestando principal atención a los de orientación revolucionaria con tinte marxista: Cuba, Vietnam, Laos, China, Angola, Bolivia, Perú, República Dominicana, Venezuela, Colombia, etc.

En congruencia con lo anterior podemos ver de la misma forma, importantes cambios en relación a qué determina la caracterización de los enemigos. Ya no se dará, como por ejemplo, en el caso de Perón, vinculado a circunstancias o condiciones políticas, sino que los grupos que están tomando posiciones más radicales, lo harán en base a definiciones ideológicas y de esta manera, los enemigos se definirán con mayor claridad. Veamos: en cuanto a sus enemigos externos, y por supuesto contando al gobierno de turno, han aumentado en número en relación a los tradicionales que tenía el peronismo: ahora no sólo son la clásica oligarquía y el imperialismo inglés, sino también "los nuevos sectores de la burguesía que sirven de instrumento a la penetración del imperialismo yanqui".²⁴ Si bien podemos observar que esta ampliación está en hecha en términos de clase, creemos que es dudoso generalizar, con Gillespie, que "la 'burguesía nacional' era vista en aquel momento más como burguesa que como nacional".²⁵ En realidad, habría tres fracciones de la burguesía industrial: 1) la burguesía imperialista, enemigo por naturaleza; 2) parte de la burguesía nacional que había formado parte de la alianza de clases peronista, se ha transformado ahora en "la burguesía capituladora ante el imperialismo",²⁶ representa dichos intereses y es parte de los traidores del movimiento; y 3) sectores 'no comprometidos', que nuclearían a los que están afectados por la burguesía monopólica y que todavía pueden ser arrastrados a una lucha de carácter nacional si dejan de 'vacilar'.

²³ Amaral-Plotkin (1993), pág. 56.

²⁴ *Compañero*, nº 59, 11/8/64.

²⁵ Gillespie (1987), pág. 60.

²⁶ *Compañero*, nº 59, 11/8/64.

También se ha modificado la visión sobre las fuerzas armadas. Desde los primeros tiempos de la resistencia, los peronistas habían esperado con abrumadora esperanza un golpe, comandado por sectores del ejército leales a Perón. Más allá de los fracasos en ese sentido, muchos sectores combativos del movimiento mantuvieron la fe en un milagroso levantamiento. Las relaciones con las fuerzas armadas también fueron profundamente cultivadas por los vanderistas, llegando a entablar fluidas negociaciones e incluso a apoyar el golpe de 1966: esperaban que aquellas lleguen a una “consustanciación espiritual y mental con los objetivos del pueblo”.²⁷ *Compañero* ve las cosas de otra forma, acusa a la burocracia peronista de venir “a contar el viejo cuento de que ‘entre los azules hay algunos buenos’ y de que es posible encarar una acción común con quienes no son más que una versión corregida del ‘gorilismo’”. De este modo atan al pueblo a la cola de los militares golpistas con el absurdo argumento de que después se podrá ‘presionar sobre ellos’”.²⁸ Aunque la impronta de hallar militares golpistas, nunca dejó de estar del todo presente en el campo del peronismo intransigente, sus grupos más radicalizados ideológicamente, ya irreversiblemente, catalogarán a las fuerzas armadas, como ‘ejército de ocupación’ del régimen y personeros del imperialismo.

Al interior del peronismo, la tarea esencial será combatir a la burocracia. Consideran que su traición, impidió la continuación de la tarea de liberación nacional iniciada por el gobierno de Perón y, lo que es peor, “han pretendido convertir al movimiento en un partido político liberal más, negando su esencia revolucionaria”²⁹ y procuran encauzarlo “en el fraudulento juego electoralero de la reacción”. Para que pueda expresarse el carácter revolucionario del peronismo, éste deberá “desprenderse de los elementos burgueses y reformistas que lo frenan y superarse”,³⁰ Observemos cómo, ya en este período formativo del peronismo revolucionario, se transita desde la “estructura de sentimiento” que James atribuye al campo duro e intransigente, hacía definiciones de carácter ideológico: los ataques a la “burocracia” se lanzan por su condición de “traidora”, pero en razón de que “actúan con mentalidad burguesa”,³¹ nuevamente se caracteriza a los enemigos

²⁷ *Justicialismo*, nº 9, Junio de 1964. Citado en Baschetti (1997), pág. 313.

²⁸ *Compañero*, nº 47, 19/5/64.

²⁹ *Compañero*, nº 59, 11/8/64.

³⁰ *Compañero*, nº 59, 11/8/64.

³¹ *Compañero*, nº 19, 16/10/63.

por su carácter de clase. La traición supera de esta forma su condición valorativa, característica heredada del período resistente. La particularidad que aquí encontramos, es que la elaboración ideológica que se está produciendo, sobre la base de las tensiones derivadas de la experiencia social que atraviesa el peronismo desde 1955, se realiza a partir de la recepción del marxismo, y más que de sus clásicos, desde la incorporación de análisis y categorías derivadas de los procesos de luchas de liberación nacional contemporáneas.

Un detalle a tener en cuenta, es que en realidad, la burocracia es definida por una doble determinación: una de clase y otra política, es decir, en referencia al movimiento peronista. Esto derivaría de que, en el polo opuesto, se identifica clase obrera con clase obrera peronista, y en vista de que estamos en el marco de una disputa interna, los términos se desarrollan transitivamente, por ejemplo: la burocracia del movimiento, al traicionar a sus bases, está traicionando a la clase obrera. De esta manera, la prédica antiburocrática no es idéntica a la que veremos más adelante, a fines de los años '60, en los movimientos de democratización sindical, y que está referida principalmente en clave clasista. En *Compañero*, se objeta a la burocracia como freno de la lucha de las bases peronistas, lo que significa frenar la lucha de la clase obrera, pero no se la cuestiona por su falta de democracia. En relación con esto, es interesante ver además, cuál es la concepción de representación de estos grupos peronistas: "debe meditarse mucho antes de incorporar el mecanismo electivo para los cargos de responsabilidad del Movimiento, que puede introducir en él todos los vicios de los partidos liberales clásicos y ahogar así sus posibilidades revolucionarias":³² la representación se da automáticamente cuando existe una conducción revolucionaria y combativa, pues en ese caso hay una identificación plena con las bases, que son revolucionarias.

Al proponer políticas que formulaban "barrer con la dirección burocratizada y entregada al enemigo",³³ provocaron una tensión con la

³² *Compañero*, 12/8/63. Esta forma de representación parece extendida a todo el campo de la izquierda peronista: "Las direcciones deben ser *representativas*, término que no tiene nada que ver con las zonceras sobre 'elección de abajo hacia arriba' sino que designa una composición de los organismos de conducción donde esté reflejada la índole y la dinámica del movimiento", en Carta de Cooke a Perón, 18/10/62. Por supuesto que todas estas opiniones son vertidas desde el plano de la necesidad de un organismo de lucha revolucionaria.

³³ *Compañero*, nº 38, 11/3/64.

tradicional prédica de “unidad del movimiento”, aunque si bien todavía —en relación a éstos sectores radicalizados—, estamos en un estadio en el que se considera que todo el peronismo es revolucionario.³⁴ Como señala Plotkin, “la idea de ‘unidad espiritual’ —que fue desarrollada o tomada de otros autores por Perón originariamente como un concepto a aplicarse a ejércitos en guerra—, iba luego a ser reformulada para ser aplicada a la sociedad como un todo e iba a ser el centro de su concepción política”;³⁵ y no sólo eso, será la consigna básica del movimiento peronista. En los primeros números de *Compañero*, en coincidencia con esto, se proclama que “es indispensable mantener y acrecentar la unidad y el grado de conciencia alcanzados por los trabajadores a través del Movimiento”;³⁶ pero observemos el cambio de postura, luego que Perón decide la reorganización: “no han comprendido que la fuerza del Movimiento reside en su condición de factor de unión de la clase trabajadora y que este hecho se efectiviza en torno de la figura del caudillo. Mientras no contraríe los objetivos esenciales del proceso de liberación, pretender destruir esta unidad, además de ser una utopía constituirá un acto consciente o inconscientemente revolucionario”.³⁷ La condición de la unidad pasa por la lealtad al líder, esto es lo fundamental, pues se lo considera el conductor revolucionario de un movimiento revolucionario, pasa entonces a un segundo plano, la unidad de los que se consideran peronistas, que es el contenido de unidad que le daba y buscaba Perón.³⁸ Si bien este último buscaba ganar la pulseada en la lucha por la conducción del peronismo y en base a ello alentaba a los grupos más combativos, nunca estuvo en sus planes alejar del movimiento a los vanderistas, sino disciplinarlos. Al tiempo que la burocracia apoya su discurso en el primigenio concepto de unidad y acusan a *Compañero* de “agente de división, tratando de captar, mediante reportajes a compañeros que se dejan sorprender en su buena fe, una lucha entre los propios dirigentes, con el sólo propósito, volvemos a repetir, de dividir”³⁹, en éste, constantemente se

³⁴ Más adelante habrá un peronismo revolucionario y otro no.

³⁵ Amaral-Plotkin (1993), pág. 47.

³⁶ *Compañero*, n° 4, 28/6/63.

³⁷ *Compañero*, n° 15, 17/9/63.

³⁸ Podemos ver que éste, simultáneamente al lanzamiento del MRP, tiene planteos moderadores del tipo, “Sobre las cosas de nuestro Movimiento es necesario continuar manteniendo la unidad a toda costa, porque en estos momentos no estamos en la tarea de purificarlo ...”, ver carta de Perón a Cooke, 25/8/64, en *Correspondencia Perón-Cooke II* (1985), pág. 298.

³⁹ *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 61, Mayo 1964, pág. 10.

reafirma el intento de redefinición, por ejemplo, denunciando que las maniobras de la burocracia justamente se apoyan “en el sentimiento primario que aún impera en el grueso de la masa de defender su unidad, aún en torno a los traidores”,⁴⁰ como un argumento fundamental para el esclarecimiento de las bases. De esta forma, vemos cómo va apareciendo cierta ‘autonomía’ de intereses con respecto a los del líder, aunque por el momento éste será un movimiento “inconsciente”. Aclaremos esto: en esta época y en estos grupos, predomina una visión sobre la conducta de Perón que perdurará por varios años y esta relacionada con la idea de que la relación de fuerzas dentro del movimiento repercute en su comportamiento; el líder apoya siempre al ala más poderosa, de allí los reiterados llamados voluntaristas a “desarrollar la línea revolucionaria”, conteniendo este imaginario una visión “neutral” de Perón, que respondería siempre a los designios de las bases del movimiento.⁴¹ Y es efectivamente, este esfuerzo por profundizar radicalmente la lucha interna, el que choca con la definida política de Perón. La autonomía será conciente en amplios sectores del peronismo combativo en años posteriores, cuando se categorice a Perón como burgués, y aparezca claramente, que los objetivos de los sectores revolucionarios y los del líder no son idénticos.

¿Cuál era la visión que se tenía de las bases? Aquí existe una fuerte polémica. Contra la burocracia, que constantemente justifica la negociación por la poca combatividad de las bases obreras, se opone la idea de unas bases que siempre combaten, que nunca claudican, y se argumenta, que la causa de la desmovilización es la misma dirección: “Los trabajadores de San Martín se han encargado paralelamente de desmentir en los hechos la vieja afirmación de la burocracia con que justifica sus retrocesos, trasladando su propia debilidad a las bases, a las que se las acusa de falta de combatividad”.⁴² Pero no debemos olvidar, que el vanguardismo no tenía una política de integración pasiva al régimen y buscaba periódicamente, mediante la realización de huelgas masivas pero sólidamente controladas, presionar al gobierno, táctica que a la vez lograba un efecto legitimador, una imagen de dirección combativa. En estos casos, como por ejemplo durante el Plan de

⁴⁰ *Compañero*, sin número, Marzo de 1965.

⁴¹ Algunos “duros” menos neutralistas, afirmando más la idea del conductor revolucionario, pensaban que cuando Perón negociaba, era para darle tiempo a la línea dura, para desarrollarse.

⁴² *Compañero*, n° 43, 21/4/64.

Lucha de 1964, donde la burocracia proclama que “ha quedado demostrado que ella interpreta, expresa y traduce con fidelidad, firmeza y claridad, las aspiraciones de justicia social, de felicidad y bienestar de todos los trabajadores argentinos... demuestran contar con el coraje, las energías vitales y demás atributos viriles que son imprescindibles para no claudicar cuando la tormenta arrecia, encabezar la lucha y morir en ella si es necesario”,⁴³ la respuesta se dirige a esclarecer a las bases de los verdaderos contenidos de la medida: “los burócratas no lanzaron el Plan como instrumento de lucha de los trabajadores, sino para usarlo como elemento de negociación y de presión, utilizable en sus manejos y compromisos”.⁴⁴

La concepción de “factor de presión”, fue una de las más fuertemente combatidas por el peronismo intransigente, pues implicaba la “neutralización de la capacidad revolucionaria” del peronismo. Esto nos hace notar otro eje que distingue a los bandos en disputa. Si bien ambos buscaban que la clase obrera “llegue al poder”, para el vandomismo, esto era “llegar a la verdadera profundidad del objetivo marcado, es decir, la participación e intervención en la distribución de la riqueza creada” y allí dirimir con sus adversarios, los otros “factores de poder”, la parte que le toca, como un actor más del juego.⁴⁵ Pero el peronismo intransigente proclamaba en cambio: “la clase trabajadora, base esencial del peronismo, es la única capaz de conducir consecuentemente, sin vacilaciones y hasta el fin, el proceso revolucionario arrastrando tras de sí a los sectores no comprometidos. Estos han demostrado terminantemente que por sus vacilaciones y por su debilidad, no están en condiciones de asumir la conducción revolucionaria”.⁴⁶ Los términos se plantean en otro plano; si bien el discurso del vandomismo aparece como más “clasista”, lo es en clave corporativa; pero los sectores radicalizados, aunque plantean una perspectiva policlasista, se diferencian profundamente de la tradición peronista clásica: 1) la alianza de clases ya no puede ser dirigida por la burguesía, y la clase

⁴³ *Justicialismo*, nº 9, Junio de 1964.

⁴⁴ *Compañero*, nº 47, 19/5/64.

⁴⁵ La cita del párrafo es del *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, nº 53, Marzo 1964, pág. 10. En el nº 43 del mismo boletín, se puede ver, en la justificación que hace la conducción sobre los cursos sindicales de capacitación de dirigentes, varios de ellos dictados en EEUU, una autorreferencia en el mismo sentido: “si todas las fuerzas denominadas de presión o de poder tienen sus escuelas de capacitación y de adiestramiento, no vemos porque los trabajadores no la pueden tener.”, pág. 3.

⁴⁶ *Compañero*, nº 59, 11/8/64

obrero sería la conductora indiscutible de un posible movimiento de liberación nacional, 2) el objetivo es un cambio revolucionario de la sociedad, barriendo a sus enemigos, que justamente son los “factores de poder”.⁴⁷

Hasta aquí hemos rastreado, a partir del discurso de estos sectores enfrentados, ciertos rasgos, ideas y posturas que delimitaban la identidad de los mismos, y esto ha resultado una tarea fácil, pues mayormente nos hemos manejado con oposiciones. Pero existe una peculiaridad, que surge del hecho mismo de que estamos estudiando una lucha interna, que comparte un idéntico patrón doctrinario. Entonces, no encontramos sólo oposiciones, sino también términos que son compartidos por ambos bandos y un claro ejemplo de esto es el caso de los objetivos manifiestos: que la clase obrera llegue al poder o la revolución. En relación a ésta, en el discurso oral y escrito de la burocracia vandorista podemos encontrar alocuciones del tono: “Cuanto más pronto organicemos la CGT más pronto la dotaremos de capacidad, inteligencia, seriedad y responsabilidad, y así habremos de concretar la tan mentada revolución social”.⁴⁸ En realidad ‘revolución’ fue un término usado indiscriminadamente en el peronismo, es más, “uno de los fundamentos del discurso ideológico del peronismo es el de presentarse a sí mismo como una ruptura en la historia del país”.⁴⁹ ¿Cómo buscó ser resuelta esta similitud terminológica?, es decir ¿cómo diferenciarse de otro que usa el mismo lenguaje?

Fueron elegidos varios caminos. Por una parte, los grupos radicalizados denunciaron la utilización de “lenguaje revolucionario” argumentando el oportunismo de las direcciones: “Esta maniobra de los burócratas y trás-fugas del movimiento, de sostener que sus posiciones conciliadoras y claudicantes son sólo ‘tácticas’ y que ellos en realidad son revolucionarios, ha sido tan repetida que ya no puede engañar a las bases”.⁵⁰ Por otro lado, y paralelamente, se incorporaron una gama de términos novedosos para el discurso peronista, la mayoría proveniente del léxico revolucionario marxis-

⁴⁷ En las antípodas, los vandoristas apelaban por una mayor participación en el poder argumentando que “tratar de impedir esa transformación y avance social, tan natural y tan justo, es dar asidero a quienes preconizan un cambio total en cuanto a quien debe esgrimir la conducción del país, es decir, únicamente los trabajadores constituirán el gobierno. Existe una parte intermedia, que si se escucha y se comprende evitará ‘consecuencias drásticas’”, *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 64, Junio 1964, pág. 20.

⁴⁸ *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 19, Julio 1963, pág. 2.

⁴⁹ Amaral-Plotkin (1993), pág. 49.

⁵⁰ *Compañero*, n° 47, 19/5/64.

ta: “centralismo revolucionario”, “la consigna esperada en el momento oportuno”, “liquidacionismo”, “dualidad de poder”, “milicias obreras”, “organización revolucionaria”, “vanguardia revolucionaria esclarecida”, son conceptos profusamente usados en las notas de *Compañero*. Pero fundamentalmente, lo que se buscó en esta lucha por dar los contenidos a los términos usados, fue enfatizar formas de lucha y organización diferentes a las propuestas por la burocracia, pues además de ser consideradas las adecuadas a los objetivos revolucionarios, serían las que precisarían la diferencia de significados, y les darían legitimidad revolucionaria. Con discursos parecidos, las prácticas diferencian. Las prácticas políticas consideradas revolucionarias, serían parte constitutiva de la identidad política del campo del peronismo revolucionario. Para James, los “duros”, ante la igualdad retórica con el vandomismo, también buscaron darle al lenguaje un contenido propio, a partir de la reivindicación de los valores y experiencias de lucha surgidos a partir de la Resistencia, pero nunca llegaron a superar el ámbito de lo moral. Aquí, las prácticas están racionalmente relacionadas con los objetivos, se procuraba restablecer “la unidad entre la estrategia y la táctica, única forma de llevar adelante un movimiento con sentido revolucionario”.⁵¹ Por ello, podemos ver en *Compañero*, una puja constante por ser “consecuentes” entre el discurso y los hechos, en contraposición a la distancia entre ambos, que caracterizaba al vandomismo.

La práctica revolucionaria aparecía entonces, indiscutiblemente ligada a la violencia, ¿pero el discurso de la violencia era monopolio exclusivo del bando combativo? No, pero veamos los matices. El vandomismo nunca descartó de su prédica el tema de la violencia, pero esta siempre figuraba: 1) como un recurso en última instancia: “se hará la revolución si existen impedimentos a las ascensiones normales y evolutivas”;⁵² 2) era un método subordinado a otros, más precisamente, a la negociación: “los distintos medios para arribar a la revolución social, que en eso estamos todos, no son incompatibles entre sí pueden desarrollarse todos a la vez, [...] lo lamentable sería supeditar todos los medios existentes y que comprendan los más variados, a una situación violenta, que de no poder ejecutarse realmente estaríamos siempre en el vacío y sin ninguna realización palpable o efectiva”⁵³; 3) era algo sumamente

⁵¹ Idem.

⁵² *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 61, Mayo 1964, pág. 10.

⁵³ *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 53, Marzo 1964, pág. 8.

riesgoso: el todo o nada, puede llevar a la “derrota, con la consiguiente demora en años en la cristalización del objetivo principal”.⁵⁴ Se proponía así un camino evolutivo, allanado por la negociación, las contiendas electorales, edificado en “la tolerancia y el respeto mutuo”, y donde en realidad, el recurso a la violencia era manejado como una carta de presión, o cuando se lo vislumbraba como posibilidad real, estaba significando un acuerdo con algún sector golpista de las fuerzas armadas. Donde nunca escatimaron el uso de la violencia, fue hacia el interior de las fábricas y sindicatos, ante el menor atisbo de oposición.

Los sectores radicalizados hicieron de la violencia el principal camino y además un asunto “popular”: “De hoy en adelante sabremos utilizar la lucha armada como método supremo de acción política ...el pueblo deberá oponer al ejército de ocupación del régimen sus propias fuerzas armadas y las milicias obreras”.⁵⁵ En consecuencia con esto, el MRP tuvo entre sus tareas, la organización de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que si bien realizaron pocas acciones y se desmembraron hacia mediados de 1966, fueron un intento de crear una fuerza armada propia, desvinculada de los sectores de militares que habían participado de la Resistencia, marcando un cambio profundo con la cultura política arrastrada desde dicho período.

Entre los varios aspectos abordados, nos restaría saber, cuál es el instrumento que consideran adecuado a los fines manifiestos. Por supuesto que aquí veremos también posiciones enfrentadas. Desde mediados de 1963, en el marco de la reorganización del Partido Justicialista ordenada por Perón, comienza una polémica de los sectores políticos del peronismo frente a los sindicales, cuestionando a los sindicatos como forma organizativa primordial: “Es necesario también conciliar las limitaciones propias de los sindicatos con la acción política. Las experiencias de organizaciones indirectas —a través de los sindicatos—nos indican la conveniencia de adoptar otra estructura más ágil, dinámica y revolucionaria. De otra forma, el Movimiento puede correr el riesgo de ser instrumento de los sindicatos y su masa ser aprisionada

⁵⁴ *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, n° 58, Abril 1964, pág. 8.

⁵⁵ *Compañero*, n° 59, 11/8/64. Recordemos que siempre ponemos la mira sobre los grupos más radicalizados del peronismo combativo, decididos a una lucha frontal. Aclaremos esto porque, respecto a otros métodos, por ejemplo, la lucha electoral, se pueden observar tensiones. Mientras estos grupos piensan que “El régimen burgués no puede ser derrotado a través de sus mecanismos de defensa” (*Compañero*, sin número, Marzo de 1965), frente a las elecciones de marzo del '65, otros deciden la concurrencia, actitud que provocó conflictos entre grupos militantes del MRP.

dentro de una estructura inadecuada que la obligará, en el mejor de los casos, a mantener una actitud política pasiva y en última instancia a repudiar la acción política que aparece como si fuera en desmedro de sus reivindicaciones económicas inmediatas”.⁵⁶ Sin embargo el vandomismo, aunque siempre buscó fortalecer su poder sindical y desde allí dar la lucha política, no descartaba la vía política directa; de ahí los intentos reiterados de formar un “partido obrero”, con una fuerte base sindical, o como luego lo hicieron, a través de las internas de julio de 1964, ganar la estructura del recién reorganizado Partido Justicialista.

A la propuesta “política” de la reorganización, los sectores más radicalizados le dieron una vuelta de rosca, y propusieron la creación de “una estructura y una dirección revolucionaria, esclarecida y consecuente, con un instrumento de combate, que permita dar la lucha en todos los terrenos, en permanente y estrecha relación con las masas y con un programa revolucionario que proponga la destrucción de los enemigos del pueblo y acerque a sus aliados, se podrá sumar a la batalla por la liberación y por la vuelta de Perón, detrás de la conducción de la clase trabajadora, a todos las otras clases no comprometidas con las fuerzas imperialistas”.⁵⁷ y además, combatieron la línea política de la burocracia política y sindical peronista: “otro peligro que amenaza al peronismo es la reedición del intento de transformarlo en un partido liberal burgués [...] Su adaptación a la estructura de los partidos políticos tradicionales del sistema liberal, eternizará el dominio del aparato por los elementos de mentalidad burguesa, mediante los métodos del caudillismo político que se basa en ‘clientelas electorales’”⁵⁸. La organización revolucionaria tendría además una función de suma importancia: debía incorporar “los elementos ideológicos que permitan penetrar profundamente en las contradicciones de la sociedad”⁵⁹. La tarea ideológica será esencial: “Sólo de este modo podemos evitar las desviaciones y asegurar el cumplimiento de los fines revolucionarios, lo mismo que la conducción de la clase trabajadora sobre los demás sectores no comprometidos de la población”⁶⁰. De este modo, vemos cómo lo ideológico

⁵⁶ Baschetti (1997), págs. 274-275.

⁵⁷ *Compañero*, n° 58, 4/8/64.

⁵⁸ *Compañero*, n° 24, 5/12/63.

⁵⁹ *Compañero*, n° 59, 11/8/64.

⁶⁰ *Compañero*, n° 58, 4/8/64.

se plasma como marca definitoria del peronismo revolucionario: aunque estamos todavía en su etapa formativa, las definiciones del tipo ideológicas, en distintos grados tamizadas por la doctrina peronista, serán las que de aquí en adelante le darán una visión del mundo y guiarán su accionar. Otro aspecto esencial, era que la organización debía ser independiente de la burocracia del peronismo, una idea que evolucionará, al cabo de unos años, hacia la concepción de una organización independiente de la clase obrera peronista. La propuesta de crear una organización revolucionaria, resultó novedosa en el campo de la cultura política del peronismo intransigente, pues como señaló James “para los duros, la falta de una estructura formal de partido político constituía una virtud, puesto que facilitaba el mantenimiento esencial entre el líder y su pueblo”.⁶¹ Quizás este rasgo, influyó en los términos en que se justificó dicha necesidad organizativa: “La falta de una estructura revolucionaria nacional que representara el papel de nexo entre Perón y el pueblo, que cumpliera tan extraordinariamente Evita permitió que se produjera el cerco del gobierno popular peronista por la burguesía capituladora ante el imperialismo”.⁶² También creemos, que este reemplazo denota un importante cambio: intentar despersonalizar la relación política, una costumbre tan cara al peronismo.⁶³

PALABRAS FINALES

Después de haber realizado este recorrido, creemos que no sería correcto hablar de “una” cultura política peronista hacia mediados de los '60. En este sentido, *Compañero* viene a expresar dos cuestiones: 1) a pesar de pertenecer al mismo movimiento político, existe una patente oposición de campos, integración versus intransigencia, trabados en una lucha por imponer su visión, dinámica y prácticas, al resto del peronismo; y 2) al

⁶¹ James (1990), pág. 275.

⁶² *Compañero*, n° 59, 11/8/64.

⁶³ Pensamos que esto abre una posibilidad potencial en el peronismo, pero todavía estamos lejos del momento en que esto llega a plantearse en relación a Perón, y que tendrá que ver con su caracterización como burgués. Al menos por ahora y por unos años, todos los planteos de crear una organización revolucionaria, se proponen para solucionar la “conducción táctica” del peronismo, sin cuestionar la ‘conducción estratégica’ de Perón.

interior del ámbito de la intransigencia, emergen y se manifiestan grupos que buscan darle otro contenido y forma a la cultura política característica de la Resistencia Peronista.

Los mencionados grupos, que formaron parte del MRP y se expresaron en *Compañero*, entablaron una lucha política contra todo lo que consideraban expresión de burocratismo, sinónimo de traición a la condición revolucionaria que le daban al peronismo, como movimiento que expresaba a la mayoría de la clase obrera. Simultáneamente, emprendieron una labor que apuntaba a un esclarecimiento en el campo de la “mentalidad”, una lucha ideológica, que se dirigió hacia el sector combativo y a las bases, y que fundamentalmente, planteó la lucha interna peronista en términos de clase. Que estas nuevas ideas estuvieran imbricadas en la lucha entre Vandor y Perón –y tomando partido por este último–, permitió al menos, instaurarlas en la agenda del movimiento, aunque esto no fue garantía de su adopción por parte de la masa o el activismo peronista. Recién hacia finales de la década, y en otras condiciones, estos cambios en la cultura política aparecerán con energía, y desembocarán luego, en la propuesta de una “alternativa independiente de la clase obrera peronista”.

Bibliografía utilizada

AMARAL, Samuel-PLOTKIN, Mariano (comp.) (1993): *Perón, del exilio al poder*. Buenos Aires, Cántaro.

BASCHEPPE, Roberto (1997): *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970*, Bs. As., Ed. De la Campana.

BERROTARAN, Patricia-POZZI, P. (1994); *Estudios inconformistas sobre la clase obrera Argentina 1955-1989*. Bs. As., Ediciones Letra Buena.

CAVAROZZI, Marcelo (1983); *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Bs. As., CEAL.

CAVAROZZI, Marcelo (1984); *Sindicatos y política en Argentina*, Bs.As., Estudios CEDES

GIL, G. (1989); *La izquierda peronista (1955-1974)*. Bs.As., CEAL.

GILLESPIE, Richard (1988); *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Bs. As., Grijalbo.

GORDILLO, Mónica (1995); "Elementos para una caracterización de la cultura política de los trabajadores peronistas. 1955-1969". Ponencia en V Jornadas Interescuelas-Interdepartamentales de Historia, Montevideo.

GORDILLO, Mónica (1996); "Trabajadores y orden económico: aportes a la cultura del peronismo. 1955-1969". Ponencia en Coloquio Juan Domingo Perón. Instituto Gino Germani. UBA.

JAMES, Daniel (1990); *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora Argentina 1946-1976*. Bs. As., Sudamericana.

MARIN, Juan Carlos (1984); *Los hechos armados. Un ejercicio posible*. Bs. As., CICSO.

O'DONNELL, Guillermo (1977); "Estado y alianzas en la Argentina, 1955-1976". En: *Desarrollo Económico*, Vol. 16, N° 64, Bs. As., IDES.

PERALTA RAMOS, Mónica (1972); *Etapas de acumulación y alianzas de clase en la Argentina, 1930-70*, Bs.As.

PERON, J.D.-COOKE, J.W. (1985); *Correspondencia I-II*. Bs. As., Ed. Granica.

SALAS, Ernesto (1990); *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre 1-2*. Bs. As., CEAL.